
Reflexionando...

Lomas de San Francisco. Calle 2, nº 33
Antiguo Cuscatlán. El Salvador
Teléfono: (503) 2273 1877

3,000 ejemplares
padrefernandogioia@heraldos.info
www.reflexionando.org

6 de agosto de 2023,
Fiesta de la Transfiguración del Señor

Índice

	PAG
• ¿QUIÉN ES ESTE HOMBRE QUE HASTA LOS VIENTOS Y EL MAR OBEDECEN?	5
• LEVÁNTATE SEÑOR, DEFIENDE TU CAUSA.	11
• EL GENIO FEMENINO.	17
• UNA, SANTA, CATÓLICA, APOSTÓLICA Y ... ROMANA.	23
• FÁTIMA: LA GUERRA Y LA PAZ	29
• “LA GUERRA VA A TERMINAR. PERO...	35
• CONTRASTES ENTRE LA PAZ DEL MUNDO Y LA PAZ DE CRISTO.	41
• ¿QUÉ ESTÁ PASANDO EN EL MUNDO?, ¿CUÁL ES EL MOTIVO DE LO QUE OCURRE?, ¿CUÁLES SERÁN LAS CONSECUENCIAS?	47
• DOMINGO: EL DÍA DEL SEÑOR, “EL SEÑOR DE LOS DÍAS”.	55
• SEA VIRTUAL, SEMIPRESENCIAL O PRESENCIAL, ESTAMOS EN UNA CRISIS EDUCACIONAL.	61
• EL PADRE PÍO: EL SANTO CAPUCHINO DE LOS ESTIGMAS.	69
• HEMOS DEJADO...	75
• LA MEDALLA MILAGROSA.	83
• LA GRUTA DE BELÉN: “VINO A LOS SUYOS, PERO LOS SUYOS NO LE RECIBIERON”.	91

¿QUIÉN ES ESTE HOMBRE QUE HASTA LOS VIENTOS Y EL MAR OBEDECEN?

*Nunca el mundo había sido testigo
de obras tan prodigiosas
que solo podrían salir
de la voluntad misericordiosa
de Nuestro Señor Jesucristo.*

Hay quienes califican los milagros de Jesús como creaciones de la Iglesia primitiva; otros, escépticos, que fueron hechos imposibles. Sin embargo, los evangelistas presentan a Nuestro Señor Jesucristo como un taumaturgo omnipotente que, con su voz, modificaba las leyes más inmutables de la naturaleza, curaba todo tipo de enfermedades, los demonios huían de su presencia. Los eventos milagrosos relatados a lo largo de los Santos Evangelios muestran acontecimientos absolutamente únicos en la Historia.

Los profetas del Antiguo Testamento anunciaban la figura del Divino Salvador del mundo realizando numerosos y portentosos signos o milagros que serían la garantía de autenticidad, de encontrarse ante el Mesías Redentor. Bien nos relata el evangelista San Mateo que: “Jesús

recorría toda Galilea... proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt 4, 23).

De sus numerosos milagros, los evangelistas relatan de forma detallada unos 41 milagros realizados durante su vida pública; sin embargo, el número de los mismos es incalculable. Presenciados por numerosos testigos, tanto amigos como enemigos; a tal punto de que entre éstos últimos, “los fariseos se confabularon con los herodianos para acabar con él” (Mc 3, 6).

Esos prodigios, hechos extraordinarios que deslumbraban, fueron actos de fuerza que demostraban un poder superior al ser ejecutados, signos que demostraban su misión divina.

Eran milagros realizados de forma directa sobre la naturaleza, como fue la transformación del agua en vino en las bodas de Caná, el caminar sobre las aguas o el calmar la tempestad. Eran las expulsiones de demonios que son calificadas como curaciones sobrenaturales. Para algunos autores la expulsión de los vendedores del templo o el frustrar los proyectos homicidas de los habitantes de Nazaret, también lo fueron. Eran los portentosos momentos de resucitar muertos, como el caso de Lázaro. Pero los evangelistas reservan más espacio a la curación de las más variadas enfermedades: ceguera, sordera, mudez, parálisis, lepra y otras.

Nunca el mundo había sido testigo de obras tan prodigiosas que solo podrían salir de la voluntad misericordiosa de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso, la fama del suceso se divulgó por toda la región: “Nunca se ha visto en Israel cosa igual” (Mt 9, 33), “Todos los que sufrían algo se le echaban encima para tocarlo” (Mc 3, 10). “Hace oír a los

sordos y hablar a los mudos” (Mc 7, 37).

San Mateo es el evangelista que ofrece, en sus capítulos 8 y 9, un amplio ciclo de milagros, colocándolos de forma cronológica como si fuera una colección. San Marcos los tiene casi todos, los que no presenta están en el Evangelio de San Lucas.

Son considerados corrientemente como pruebas del poder divino de Jesús, si bien que los evangelistas los presentan en relación directa de su predicación, como sello de la autenticidad de sus palabras.

Destacados autores, por sus conocimientos históricos, bíblicos y especial sabiduría, destacan su verosimilitud en las narraciones - sobrias y garantizadas por testigos dignos de fe - de hechos tan extraordinarios que demostraban su prodigiosa acción sanadora: un ciego de nacimiento al que le devuelve la vista (Jn 9, 1-40) o de un parálítico de todos conocido que le ordena, “levántate, toma tu camilla y vete a tu casa” (Mt 9, 6). Acentúan, también, que los medios utilizados por Jesús: saliva, imposición de manos o tocar, una palabra, una orden, una mera indicación, no tienen virtudes curativas especiales.

Los críticos de siempre, los que no creen en nada, argumentan que es el poder de la sugestión. A éstos les responden, simplemente, que la sugestión no puede curar enfermedades de órganos. Más aún que la ceguera, sordera o mudez, entre varias, ni que hablar de la lepra, no eran enfermedades de tipo nervioso. Los racionalistas interpretaban los exorcismos, las expulsiones de los demonios, como curaciones de enfermedades de tipo nervioso. Por más que algunos hayan presentado señales de epilepsia, no descarta que estuvieran poseídos por el Demonio.

Cuando nos deleitamos leyendo en los Santos Evangelios esos singulares momentos, vemos más la bondad de Jesús que el demostrar su poder mesiánico. Buscaba ejercer su caridad para con los que se le acercaban pidiendo auxilio para ser curados: “Si quieres puedes limpiarme” (Mc 1, 40), “haced que vea” (Mc 10, 51). Todos los milagros procedían de su corazón amoroso, nunca realizó un signo o prodigio que lastimase a nadie.

Su misericordia aparecía junto a su mesianismo, quedando demostrada su condición divina, la presencia del Mesías prometido, el Redentor del mundo, el Hijo de Dios hecho hombre.

Bueno es destacar que nunca hizo un milagro para sí mismo. No aceptó cuando tenía hambre, convertir las piedras en pan (Mc 4, 3), cuando tenía sed, frente al pozo de Jacob, solicitó a la samaritana (Jn 4, 7), cuando el malvado Herodes le exige que haga algún signo, le responde con el silencio.

En resumen, se podría decir que todos estos portentos tuvieron la finalidad de: “que crean que tú me has enviado” (Jn 11, 42). Como bien nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: “Jesús acompaña sus palabras con numerosos milagros, prodigios y signos que manifiestan que el Reino está presente en Él. Ellos atestiguan que Jesús es el Mesías” (547).

Pero, Jesús exigía la fe, una confianza y un abandonarse en su poder curativo: “Viendo la fe que tenían” (Mc 2, 5); en donde no encontraba fe, no podía curar (Mt 13, 58). La fe es un acto de humildad al que el pueblo elegido se resistía: “Tiene dentro a Belzebú y expulsa los demonios

con el poder del jefe de los demonios” (Mc 3, 22). Mismo los apóstoles fueron tardos en creer, aún después de la Resurrección. Muchos lo seguían después de los milagros que veían: “Me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros” (Jn 6, 26), pero no se postraban en tierra para reconocerlo como Dios y Señor.

El factor fe es indispensable. Como recordaba San Juan Pablo II en una de sus catequesis (16-12-1987): “La fe precede al milagro, más aún, es condición para que se realice; la fe constituye un efecto del milagro, bien porque el milagro mismo la provoca en el alma de quienes lo han recibido, bien porque han sido testigos de él”.

“¡Ánimo hija! Tu fe te ha salvado”, le dice a la hemorroísa (Mt 9, 22); “Tu fe te ha salvado”, le responde al ciego de Jericó (Mc 10, 52). Jesús, cuando ve la fe, realiza el milagro.

“Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de los discípulos -nos relata el evangelista San Juan- que no están escritas en este libro; y éstas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn 20, 30-31).

La Prensa Gráfica, 30 de enero de 2022.

LEVÁNTATE SEÑOR, DEFIENDE TU CAUSA

*Quieren hacer desaparecer,
a los ojos de los hombres,
las piedras vivas de la
Civilización Cristiana.*

*No soportan, en su maldad
diabólica, su existencia.*

*Temen que el santo esplendor
de ellas atraiga los corazones de los
hombres de hoy, inmersos en la tristeza
de un mundo entregado al pecado,
hacia las cosas del Cielo.*

Si volvemos nuestros pensamientos a los momentos de la caída del “muro de la vergüenza” o “cortina de hierro” (1989), que dividía la ciudad de Berlín de su lado occidental con el “paraíso” oriental - del cual para salir había que arriesgar la vida -, parece que sintiéramos los gritos de júbilo presenciando la alegría de aquellos que salían de esa verdadera “cárcel”, al reencontrarse con sus familiares y amigos después de tantos años de cruel separación. Todo ampliamente reflejado a través de los medios de comunicación en fotos o filmaciones. Fue uno

de los principales sucesos del siglo pasado.

Iniciada esa nueva situación, que dividió por casi 30 años la capital alemana, muchos afirmaban: “se acabó la persecución”, “la llamada ‘Iglesia del silencio’ ya podrá practicar su fe a la luz del día en plena libertad”, “es el fin de una era histórica, para Europa y el mundo”. De mi parte, pues, no respondería tan firmemente, por más que a primera vista pareciera que así ocurriría.

La táctica cambió, se fue desarrollando otra persecución que podríamos calificar de “blanca”, que no se siente, pero que actúa – como decía el líder católico brasileño del siglo pasado, Plinio Corrêa de Oliveira –, “de una forma impalpable, sutil, penetrante, como si fuese una poderosa y temible radioactividad”; ante la cual todos sienten sus efectos, pocos consiguen darle nombre.

Es lo que asistimos, un proceso continuo de descristianización y de pérdida de valores humanos esenciales que resulta preocupante. El hedonismo penetra en todos los ambientes conmocionando la institución de la familia; el consumismo hace de los hombres, llamados a ser “pobres de espíritu”, “ricos de espíritu”; la pornografía va destruyendo la pureza de los corazones de los mayores y manchando la inocencia de niños y preadolescentes; los medios electrónicos de comunicación roban espacio a Dios y al convivio familiar, y tantas otras cosas más.

Quedamos asustados al recordar la profética advertencia de Benedicto XVI en la homilía de la misa Pro eligendo Pontífice (18-4-2005) en la que afirmaba, ante los nuevos vientos de doctrina, corrientes ideológicas y modas de pensamiento: “la pequeña barca de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas”.

Como efecto de estos “vientos” el número de católicos, especialmente en zonas tradicionalmente cristianas, ha disminuido. Se fueron atenuando los signos del Evangelio como una vela se apaga ante la falta de oxígeno.

Y si fuera sólo esto... A esos tiempos idos de persecución violenta, a los que vivimos de “persecución blanca” a través de una revolución cultural que parece arrastrarlo todo, se suman otros acontecimientos que muestran crecientes actitudes de odio e intolerancia contra los verdaderos cristianos, sus templos, sus imágenes, sus símbolos.

En China, más de 500 cruces de las iglesias de la provincia de Anhui han sido eliminadas, quitando el símbolo cristiano de la mirada pública. En España no solo cruces son derribadas, también otros monumentos religiosos se encuentran en peligro. La Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa publicaba estadísticas: 595 casos de crímenes de odio en 2019 teniendo como objetivos blancos cristianos. El país de mayor número de estos ataques fue Francia, con 144, seguido de Alemania, España e Italia. La destrucción de imágenes de la Virgen en Europa se volvió común. En Polonia cuatro capillas del rosario fueron vandalizadas con graffitis ofensivos, también fueron atacadas cuatro estatuas de San Juan Pablo II. Preocupa el crecimiento de los ataques incendiarios, en Francia hubo al menos 20 contra iglesias.

En la costa de Colombia fueron decapitadas imágenes de San José, de la Virgen María y de Santa Laura Montoya. En Argentina, una imagen de la Inmaculada de los patios de la catedral de Santa Fe fue descabezada. En Canadá, en la Diócesis de St. Sault Marie, imágenes de un Vía Crucis en la Gruta de Lourdes de Sudbury, Ontario, fueron descabezadas y cercenadas. Una turba de manifestantes,

en su mayoría encapuchados, rompió todo tipo de mobiliario e imágenes y profanó el Santísimo en un templo en Talca, Chile. La parroquia de San Alfonso, en Fresno (Estados Unidos), fue profanada ocasionando graves daños al sagrario y en su interior. La Iglesia de la Natividad de Burke, en Virginia (Estados Unidos) reportó que su gruta dedicada a la Virgen de Fátima sufrió la destrucción irreparable de sus sagradas imágenes, que representaban las apariciones a los tres pastorcitos. En Estados Unidos se han producido al menos 117 incendios provocados, estatuas decapitadas, extremidades cortadas, aplastadas y pintadas, lápidas desfiguradas con esvásticas y lenguaje anticatólico y otros actos de destrucción y vandalismo en 29 estados desde mayo de 2020.

La organización Puertas Abiertas publicó su informe anual sobre la persecución de los cristianos, en 2021. Fueron asesinados 5,898, 3,829 secuestrados y 5,110 iglesias o templos destruidos o atacados.

No podemos dejar de resaltar el aparecimiento, en ciertos países, de leyes que impiden la normal práctica de la fe cristiana. Se llegó a intentar, a través de un documento interno de una Comisión - si bien que no fue logrado por las reacciones provocadas -, de impedir el uso de la palabra Navidad en la Comunidad Europea.

Iglesias incendiadas, imágenes decapitadas, sagrarios sacrílegamente violentados, cristianos asesinados en diversos países por la simple razón de ser anunciadores del Evangelio.

Preocupante situación que nos lleva a recordar el Salmo 74 que pregona: “¿Por qué, ¡oh Dios!, nos tienes siempre abandonados?”, “con martillos y mazas destrozaron

todas las esculturas”, “prendieron fuego a tu santuario, derribaron y profanaron la morada de tu nombre”. “Pensaban, acabaremos con ellos, e incendiaron todos los templos del país”, “ya no vemos nuestros signos ni hay profeta: nadie entre nosotros sabe hasta cuándo”. Exclamando finalmente: “Levántate, Señor, y defiende tu causa”, “que el enemigo te ultraja, que un pueblo insensato desprecia tu nombre”.

Muchos se preguntarán el porqué de tales actos de vandalismo contra edificios y sus imágenes. Reflejo del pasado cristiano son las bellas iglesias que quieren destruir, las imágenes que representan a Dios Nuestro Señor, a la Santísima Virgen y a cuántos santos del pasado. Piedras vivas de la Civilización Cristiana que quieren hacer desaparecer de los ojos de los hombres. No soportan, en su maldad diabólica, su existencia. Temen que el santo esplendor de ellas atraiga los corazones de los hombres de hoy, sumidos en la tristeza de un mundo entregado al pecado, hacia las cosas del Cielo.

La promesa de Nuestro Señor Jesucristo a San Pedro: “las puertas del infierno no prevalecerán contra ella” (Mt 16, 18), resalta la inmortalidad de la Iglesia; suceda lo que pueda suceder, en medio de humillaciones y persecuciones, nos alienta a considerar que siempre la Santa Iglesia renacerá con más fuerza de la que tenía anteriormente y dando mejores frutos a través del tiempo.

La Prensa Gráfica, 13 de febrero de 2022

EL GENIO FEMENINO

*La mujer,
aún en las situaciones
más desesperadas,
posee una capacidad única
de resistir en las adversidades.
Hace la vida todavía posible
incluso en circunstancias extremas.
Conserva un tenaz sentido del futuro.*

Cuando Dios creó al hombre, a su imagen y semejanza, “varón y mujer los creó” (Gen 1, 27). Los bendijo y les dio una misión: “sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla” (Gen 1, 28). Claramente no fue una misión o tarea exclusiva para el hombre, a ambos se les encarga la especial tarea de formar familia y dominar el mundo. En un lenguaje simplificado, muy expresivo y bello, encontramos a la mujer como complemento del hombre y al hombre como complemento de la mujer. Tanto la femineidad como la masculinidad, representan a la humanidad en peculiar complementariedad, teniendo, desde el principio, igual responsabilidad. Nos queda así claro cómo Dios ha confiado, tanto al hombre como a la mujer, según sus características, una convocación a ejercer una tarea tanto en la Iglesia como en todo el mundo.

Igual misión que no elimina las diferencias. No caigamos

en el empobrecimiento que produce el promover un único estilo a seguir el ser humano. No consideremos que la mujer debe de imitar al varón. No, pues el temple femenino es inigualable.

Cuántas manifestaciones del “genio femenino” han aparecido a lo largo del tiempo, en pueblos de los más variados, fruto, no sólo de su especial inventiva, sino de la santidad de vida. Hay, en ellas, por misterioso designio de Dios, un irremplazable “ministerio” en la historia de la humanidad, a través del cual expresan la riqueza de sabiduría que se encuentra en la femineidad.

Las mujeres — afirmaba San Juan Pablo II — tienen un campo de pensamiento y de acción singular. Por eso es preciso, de forma determinante, “reconocer la expresión del verdadero espíritu femenino en todas las manifestaciones de la convivencia ciudadana” (*Evangelium Vitae*, 99).

Al crearlos “hombre y mujer”, Dios ha dado una dignidad personal igual, con derechos inalienables, con responsabilidades propias. Sin embargo, “Dios manifiesta también de la forma más elevada posible la dignidad de la mujer asumiendo Él mismo la carne humana de María Virgen, que la Iglesia honra como Madre de Dios, llamándola la nueva Eva y proponiéndola como modelo de la mujer redimida” (Juan Pablo II. *Familiaris Consortio*, 22).

Si hay quien demostró delicado respeto hacia las mujeres fue Jesús, Nuestro Señor. Las llamó a su cercanía, fueron las santas mujeres del Evangelio. Como ejemplo superlativo es solo recordar su aparición en la mañana de Pascua a una mujer a la que bien podemos llamar de primer Heraldo de la Resurrección, Santa María Magdalena, confirmando la

especial estima de Jesús hacia la mujer.

Las corrientes de pensamiento que vienen a tono en el mundo contemporáneo, van presentando tesis que frecuentemente no coinciden con la finalidad genuina de la promoción de la mujer que, en su capacidad de acogida del otro y en su profunda intuición, es: “aun en las situaciones más desesperadas — el pasado y el presente es testigo de ello — posee una capacidad única de resistir en las adversidades, de hacer la vida todavía posible incluso en situaciones extremas, de conservar un tenaz sentido del futuro y, por último, de recordar con las lágrimas el precio de cada vida humana”, y llega a entenderse, en tal perspectiva, “el papel insustituible de la mujer en los diversos aspectos de la vida familiar y social que implican las relaciones humanas y el cuidado del otro”. Era lo que manifestaba San Juan Pablo II aprobando la Carta, “Sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo”, del Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger, hoy Papa Benedicto XVI (31-5-2004).

Cuántas maravillas Dios ha realizado en la mujer y por ella. Agradecía San Juan Pablo II, en la carta apostólica “Mulieris Dignitatem” (15-8-1988), a la mujer-madre, a la mujer-esposa, a la mujer-hija y a la mujer-hermana, a la mujer-trabajadora, a la mujer-consagrada: “que, participando en todos los ámbitos de la vida social, económica, cultural, artística y política, con la intuición propia de tu femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas”, agregando que: “en la riqueza de su femineidad, asumen, juntamente con el hombre, la responsabilidad común por el destino de la humanidad, en las necesidades de cada día”.

La mujer es llamada a testimoniar el significado del amor auténtico, dada su aguda sensibilidad hacia las demás

personas el don de darse, en el acoger al otro. Siempre fue, y seguirá siendo, factor de moderación y de consejo, especialmente en la relación entre padre e hijos. Todos somos testigos de que es a través de la madre que llegan las necesidades y deseos de los hijos y que se hacen más eficaces las órdenes del padre. Dentro de la familia, la mujer personifica la caridad, la misericordia, siempre atenta a las necesidades de los hijos y también de los trabajadores de la casa, dispuesta a conseguir remedio moviendo la voluntad del padre. En resumen, ve al hombre con el corazón y trata de serle de ayuda, “abre la boca con sabiduría y su lengua enseña con bondad” (Proverbios 31, 26).

Es por eso que, desde el inicio del cristianismo hasta nuestros días, siempre Dios ha suscitado mujeres para orientar al Pueblo de Dios. Ante eso, uno puede preguntarse: ¿dónde se encuentra el arquetipo divino de la femineidad?

Lo encontramos en María Santísima — máxima expresión del genio femenino — quién, acogiendo en su seno al Verbo Encarnado, motivando el primer milagro de la vida pública de Jesús, permaneció a los pies de la Cruz y los apóstoles rezaron junto a Ella en Pentecostés.

Mujer por excelencia, inmaculada y altísima, es el verdadero modelo y ejemplo. Aquella, en el decir del famoso escritor y periodista español Juan Donoso Cortés, a quien: “El Padre la llama Hija, y le envía embajadores; el Espíritu Santo la llama Esposa, y le hace sombra con sus alas; el Hijo la llama Madre, y hace de su morada su sacratísimo vientre” (16-4-1848).

Las mujeres conforman la mitad de la inmensa familia humana, sin embargo, en cuántos lugares y culturas son

discriminadas o subestimadas por ser mujer. Se sostiene esa “desigualdad” con argumentos sociales, culturales o religiosos. Acaban siendo víctimas de violencia, objeto de maltrato cuando no, de explotación en la publicidad o en la diversión. Urge el compromiso de todo cristiano del reconocimiento de la dignidad que le compete a aquellas que son llamadas a ser promotoras, con su mera presencia, de la civilización del amor, trabajando por la eliminación de toda forma de discriminación, de violencia y de explotación.

La Prensa Gráfica, 6 de marzo de 2022.

UNA, SANTA, CATÓLICA, APOSTÓLICA Y ... ROMANA

*Jesucristo fundó una sola Iglesia:
Santa, porque Dios altísimo es su autor.
Católica, por su universalidad.
Apostólica, por ser constituida sobre el
fundamento de los apóstoles.
Romana, porque el Papa está en Roma.*

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré Mi iglesia” (Mt 16,18). Nació así la Santa Iglesia, de manos del Divino Redentor para conducir las almas. Le fue confiada una misión, más que a cualquier persona individualmente, quedando vinculada al ministerio petrino (de San Pedro Papa y sus sucesores), como brújula de la verdad para la salvación de todos. La única fundada por Cristo Dios. Todas las otras iglesias y religiones han sido fundadas por los hombres.

Jesús fundó una institución y no comunidades sueltas de hombres que interpretan las Sagradas Escrituras a su forma, en un “libre examen” como proponía Lutero. Bien afirmaba San Agustín que: “La doctrina de Cristo, creciendo y desenvolviéndose, se mezcló con árboles buenos y con sarzas malas. La predicaron los buenos y la predicaron los malos... ambas cosas están mezcladas a la vista, mas la

raíz las separa” (Obras BAC, XXVI, p. 37).

A lo largo de los siglos, como ya había sido previsto por su Fundador, la Iglesia sufre discusión y rechazos de las diversas herejías, errores y objeciones, que dieron lugar a corrientes cristianas de las más variadas que uno pueda imaginar.

En ese panorama histórico, bien podemos decir que no hay formulación más clara para comprender dónde está: “el Camino y la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6), como la conocida de todos y objetada por algunos -con argumentación confusa y poco convincente-, que exprese las características de la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana. Según el Primer Concilio de Constantinopla (año 381), la Iglesia - tal como la fundó - tiene cuatro características, esenciales y exclusivas.

Están ellas en el Credo, o “credo romano” como lo llaman algunos despectivamente. Los símbolos o “profesiones de fe”, son fórmulas “articuladas con las que la Iglesia, desde sus orígenes, ha expresado sintéticamente la propia fe y la ha transmitido en un lenguaje común y normativo para todos los fieles” (Compendio Catecismo de la Iglesia, 33). El Símbolo de los Apóstoles y el Niceno-Constantinopolitano, son los más comunes a todas las Iglesias de Oriente y de Occidente. De su artículo: “Creo en la Santa Iglesia Católica”, nace la calificación de la verdadera Iglesia: Una, Santa, Católica y Apostólica.

Algunos “hermanos separados” - término caritativo con el que se califica a los cristianos de las variadas corrientes - confunden premeditadamente las características que la identifican. Profundicemos...

Es **UNA** ...

No se debe confundir UNA con “unidad”. Jesucristo fundó una sola Iglesia: “habrá un solo rebaño y un solo pastor” (Jn 10, 16).

Que Jesús haya incentivado a la “unidad” entre sus miembros, en la invitación a: “que os améis unos a otros; como yo os he amado” (Jn 13, 34), no es lo mismo que decir que es **UNA**. Lo confirmaban, en el corrompido Imperio Romano, los propios paganos que decían: “ved como ellos se aman” (recordaba Tertuliano, Siglo II-III), pues nunca habían presenciado la caridad fraterna.

No por ser “elegido” se es santo, como afirman algunos protestantes, pues Judas, fue “elegido”, y acabó siendo traidor... y no santo.

Es **UNA** en su doctrina, en su gobierno, en sus sacramentos: “tiene una sola fe, una sola vida sacramental, una única sucesión apostólica, una común esperanza y la misma caridad” (Compendio CIC, 161). Por eso, categóricamente afirma el Catecismo, que: “La única Iglesia de Cristo, como sociedad constituida y organizada en el mundo, subsiste en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él” (Ídem, 162).

Ahí sí que se da la unidad, que no existe en las corrientes “cristianas” divididas en innumerables denominaciones - se calcula que hay 2000 denominaciones protestantes (Oxford University Press World Christian Encyclopedia). Y, dentro de las mismas, no hay unidad de doctrina, ni continuidad de gobierno, ni una sola comunidad en el tiempo. En lo único que coinciden es en haberse separado de la verdadera doctrina de Cristo y de la autoridad del legítimo sucesor de San Pedro.

En la Iglesia Católica sí hay: unidad de fe y por lo tanto de doctrina, un mismo Credo desde hace dos mil años.

Es **SANTA...**

Surge de la santidad de su Fundador, Jesucristo: “Cristo amó a su iglesia. Se entregó a sí mismo por ella”, para presentarla “santa e inmaculada” (Ef 5, 26). “Es **SANTA** porque Dios santísimo es su autor” (Compendio CIC, 165).

A sus miembros los eligió “para que sean santos” (Ef 1, 4). No es SANTA por la “santidad” de sus integrantes. Llegarán a ser santos, por la acción de la gracia, para cumplir los Mandamientos y practicar las virtudes en grado heroico. La Iglesia es **SANTA** para llevar a los hombres camino a la santificación. Que sean o no santos es otra cuestión. O sea, no reúne santos, sino que ayuda a que lleguen a serlo.

Es **CATÓLICA...**

Es decir, universal, calificativo de San Ignacio de Antioquía (Siglo II): “Allí donde está Cristo Jesús, está la Iglesia Católica”. Jesucristo fundó su Iglesia para todos los hombres y todos los tiempos: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19).

Al ser la abierta a todos los hombres no tiene fronteras y se extiende a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, razas y clases sociales. Dios - en el decir de San Pablo (1 Tm 2, 4) - “quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”.

Es **APOSTÓLICA...**

Por su origen, ya que fue constituida sobre el cimiento

de los apóstoles (Ef 2, 20), también por su enseñanza que es la misma de los apóstoles y por su estructura, en cuanto instruida y gobernada por los apóstoles, gracias a sus sucesores los obispos, en comunión con el sucesor de Pedro (Compendio, 174).

Al decir Jesús: “Estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mt 28, 20), supone que los apóstoles tendrían que tener sucesores. A los primeros Doce, testigos escogidos de la Resurrección y cimientos de la Iglesia, les mandó predicar por todo el mundo: “predicad a todas las gentes” (Mt 28, 19), “id al mundo entero” (Mc 16, 15), “os envío yo” (Jn 20, 21), “quien a vosotros escucha, a mí me escucha” (Lc 10, 16), e hizo de Pedro la piedra fundamental de su Iglesia, “apacienta mis ovejas” (Jn 21, 17).

Y ROMANA.

Porque el Papa está en Roma. Decía San Ambrosio: “Donde esté Pedro, allí está la Iglesia de Cristo”. Es a Pedro que Jesús hace de fundamento dándole una autoridad suprema, universal y plena: “todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el Cielo” (Mt 18, 18), “Te daré las llaves del reino de los cielos” (Mt 16, 19).

Concluyamos: cabe a cada uno de nosotros buscar, querer y amar la Iglesia como Nuestro Señor Jesucristo la quiso, como Ella es, y no como el demonio busca presentarla o como el mundo quiere que sea.

La Prensa Gráfica, 20 de marzo de 2022.



FÁTIMA: LA GUERRA Y LA PAZ

*“Si atienden a mis pedidos,
Rusia se convertirá y tendrán paz;
si no, esparcirá sus errores por el
mundo, promoviendo guerras y
persecuciones a la Iglesia”.*

Cuando tomamos conocimiento de la invasión rusa a Ucrania, después de haber escuchado, a lo largo de decenios, un sinnfín de discursos clamando a favor de la paz, y sintiendo que es lo que le falta al mundo actual, penetró en el pensamiento de muchos: miedo, duda, perplejidad y una pregunta: ¿esto provocará una tercera guerra mundial?, ¿se podrá transformar en una guerra nuclear?

Desde el final de la 2ª Guerra Mundial hasta nuestros días, la paz, reclamada por los poderes civiles y religiosos, no se ha logrado. Entra en escena un amenazador estado de guerra, con resultados impredecibles, avanzando hacia una inestabilidad cada vez mayor. Sí, en pocos días el mundo, ya muy castigado por la pandemia, parece haber cambiado.

En la incertidumbre vienen a la memoria las profecías de Fátima: **“Si atienden mis pedidos, Rusia se convertirá y tendrán paz. Si no, esparcirá sus errores por el mundo,**

promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia”.

Partes del Mensaje ya se cumplieron, pero podemos decir - sin temor a ser desmentidos - que los pedidos hechos por la Virgen no han sido atendidos. Se lamentaba San Juan Pablo II en Cova de Iría (13-5-1982), diciendo: “Cuántos hombres, cuántas sociedades y cuántos cristianos fueron en dirección opuesta a la indicada por el mensaje de Fátima. ¡El pecado adquirió, así, un fuerte derecho de ciudadanía y la negación de Dios se difundió en las ideologías, en las concepciones y en los programas humanos!”.

Triste realidad, la humanidad llegó a eso porque despreció los maternales consejos de Nuestra Señora: **“si hacen lo que yo os diga, tendrán paz”**. Muchos se dejaron llevar por una vida descontrolada e inmoral, como hijos ingratos, indignos. Hicieron poco caso a las recomendaciones para evitar las convulsiones mundiales: rezo del rosario y sacrificios, conversión, consagración de Rusia al Inmaculado Corazón y la práctica de los primeros sábados de mes. Anunciaba grandes calamidades si no se escuchaban sus palabras: **“los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas”**.

Preocupan los acontecimientos. El arzobispo de Mariúpol (Ciudad de María), se lamenta de la masacre que está sufriendo la población, transformada en “un cementerio para decenas de miles de personas”. El cardenal secretario de Estado del Vaticano, Pietro Parolín, hablando sobre la escalada de la guerra afirmaba: “no hemos sido capaces de construir, tras la caída del Muro de Berlín, un nuevo sistema de convivencia entre naciones que vaya más allá de las alianzas militares o la conveniencia económica. La actual guerra en Ucrania deja clara esta derrota”. Entristecido de

los “ríos de sangre y lágrimas”, de “millones de refugiados, en su mayoría mujeres y niños”, con sus “miradas inexpresivas, rostros sin sonrisas, tristeza infinita”. El presidente de Ucrania advirtió que la guerra en su país es la puerta “para entrar en Europa”, en discurso al Parlamento italiano. “La guerra es una aventura sin retorno”, afirmaba San Juan Pablo II.

Encontramos, en el mensaje de Fátima, que la guerra y la paz se entrecruzan en diversos momentos de las comunicaciones a los tres pastorcitos. Fue así que, a lo largo de un siglo, diversos pontífices han realizado consagraciones al Inmaculado Corazón de María, según lo solicitara la Virgen, como una de las condiciones de lograr la paz.

La Hermana Lucía, un 13 de junio de 1929, recibió un insistente pedido de Nuestra Señora: “Ha llegado el momento en que Dios pide que el Santo Padre haga, en unión con todos los Obispos del mundo, la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón, prometiendo salvarla por este medio”.

A partir de este momento, ¿cómo fue atendido este pedido?

El Papa Pío XII lo hizo en 1942 y en 1952. El Papa Pablo VI en 1964. San Juan Pablo II hizo dos consagraciones, una en 1982, otra en 1984, y una vez más en el 2000. En el 2013 el Papa Francisco renovó la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María.

Llama la atención que, las consagraciones habidas, hasta la de octubre del 2013, o fue indefinido nombrar a Rusia, como si hubiese una prohibición o temor de hacerlo, o no

se cumplió la unión de todos los obispos del mundo.

Sí es bueno destacar, de la oración de consagración que hiciera San Juan Pablo II el 25 de marzo de 1984, cuando consagró a la Iglesia y al mundo -si bien que no haya nombrado a Rusia- al Corazón Inmaculado de María, las angustiadas palabras: “las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas invaden el mundo contemporáneo”, “que seamos librados del hambre y de la guerra nuclear, de una autodestrucción incalculable”, “que nos libre de la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, del extravío de la conciencia del bien y del mal”. Fue un verdadero compendio de la situación del mundo, - ¡hace 40 años! - implorando intervención de la Providencia.

En ese panorama “Fátima-Guerra-Paz”, los obispos católicos de rito latino de Ucrania pidieron: “La consagración al Inmaculado Corazón de María de Ucrania y Rusia, como lo solicitó la Santísima Virgen en Fátima”. El día 25 de marzo se realizó. ¡Qué importante ha sido que Pastores y fieles recen en el mundo para que se pueda poner fin a la guerra!

El Papa Benedicto XVI, que no estuvo en el acto en la Basílica de San Pedro, lo realizó de forma privada. Esta unión a la consagración, respondía al sentir y pedido de muchos, los que perciben que: “entre Fátima y el porvenir, el Papa es el centro, el eslabón entre el pedido y la realización”. Quien fuera prefecto en muchos años de la Congregación para la Doctrina de la Fe, tenía acceso a las profecías y archivos secretos del Vaticano. Más que nadie, es un testigo del pasado y un conocedor del futuro. Por eso bien decía: “Cualquiera que piense que la misión profética de Fátima ha terminado, se equivoca”, (mayo del 2010).

Es por variados motivos que muchos se preguntaron, a lo

largo del tiempo, y después de las variadas consagraciones, ¿fue respondida la petición de Nuestra Señora? En concreto ninguna satisfizo plenamente los requisitos manifestados por la Virgen. Como surgían dudas sobre si se estaba cumpliendo el pedido hecho en 1917, Sor Lucía, en carta de agosto de 1989, respondía sobre la consagración realizada en 1984 – al no haber mencionado a Rusia – si obedecía los deseos de Nuestra Señora respondió: **“Que sí. Desde ahí está hecha”**.

No obstante, después de cierto tiempo, respondiendo al padre Luis Kondor, recopilador de sus memorias, afirmó: **“fue hecha, ¡más ya fue tarde!”** (Un camino, p. 221) Insistiendo con ella sobre cuál señal se vería de la aceptación de Dios y cumplimiento de la promesa, respondió: **“Miren para el este”**; respuesta que nos deja más pensativos, pues hacia “el este”, está... Rusia.

Resaltemos el pedido de conversión al mundo que, ya en 1917, tanto ofendía a Dios, Nuestro Señor, y no dejemos de estar atentos al futuro, pues, la Virgen dijo: **“Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará”**. Será cuando se cumplan los anhelos marianos de ser **“concedido al mundo algún tiempo de paz”**.

La Prensa Gráfica, 3 de abril de 2022.

“LA GUERRA VA A TERMINAR. PERO...”

*Todo lo que los hombres puedan hacer
en pro de la paz,
sólo tendrá efecto duradero
si viene acompañado de
una sincera conversión.
Pues, querer la paz sin abandonar
el pecado es una locura.*

Así continuaban las palabras de la Santísima Virgen, en la tercera aparición en Fátima a los tres pastorcitos. Era un viernes 13 de julio del 1917, al llegar al lugar de las apariciones quedaron los niños videntes sorprendidos de la multitud que había acudido, más de dos mil personas, a presenciar el extraordinario acontecimiento.

Es la hermana Lucía quien nos relata que la Santísima Virgen les dice: “continúen rezando el rosario todos los días en honor a Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz en el mundo y el fin de la guerra, porque, sólo Ella los podrá socorrer”.

Comenzaron, después de este inicial y breve diálogo, las visiones y revelaciones que conformaron el famoso Secreto de Fátima compuesto de tres partes. La primera fue la visión del infierno, “asustados y como pidiendo

socorro, levantamos los ojos hacia Nuestra Señora, que nos dijo con bondad y tristeza: visteis el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores”. Continuando con un pedido: “Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción al mi Inmaculado Corazón” y, a seguir, una advertencia: “Si hacen lo que yo os diga, se salvarán muchas almas y tendrán paz”.

El mundo se arrastraba desde 1914 en la Primera Guerra Mundial, ante eso la Santísima Virgen afirmó: “La guerra va a terminar”. Esta previsión - de las tantas proféticas que encontramos en el Mensaje - en su momento, dio una paz de espíritu a cuantos la escucharon.

Alentadora afirmación si consideramos que: más de 9 millones de muertos fueron provocados por ella, cerca de 20 millones de soldados heridos (con desfiguraciones, amputaciones y discapacidades permanentes) y, más aún, aproximadamente 7 millones de civiles muertos. Enfermedades de todo tipo afloraron a raíz de la escasez de alimentos en las poblaciones debilitadas por las caóticas condiciones de la guerra. Refugiados huyendo de ciudades destruidas. Diversos países del mundo europeo fueron conmovidos en su tranquilidad.

Un año después, confirmando las palabras del Mensaje, ocurre un armisticio en noviembre de 1918, y cesa la guerra.

Sin embargo, la profecía de la Santísima Virgen tenía una condición, tenía un: “Pero...”. Sí, muy claro: “Pero, si no dejaren de ofender a Dios, en el reinado del Papa Pío XI comenzará otra peor”, anunciando que Dios: “va a castigar al mundo por sus crímenes”.

Así ocurrió. En 1939 comenzó “otra peor”, la Segunda Guerra Mundial, que fue la más mortífera de la historia hasta el momento, con un resultado de más de 60 millones de víctimas, con los horrores de todo tipo de transgresiones

(campos de concentración, masacres masivas, violaciones, bombardeos a ciudades, hambre, etc.).

Estamos a 77 años del fin de aquellas atrocidades que vivió la humanidad, presenciando una situación delicada que nos podrá llevar a una Tercera Guerra Mundial. Si recordamos la tercera parte del Secreto de Fátima, colocando frente a nuestros ojos la visión que les mostrara la Virgen a los pastorcitos de: “un Ángel, con una espada de fuego en la mano izquierda”, “señalando la tierra con su mano derecha”, y diciendo “con fuerte voz”: “¡Penitencia, penitencia, penitencia!”, nos asustaríamos.

Estamos viviendo momentos, con la invasión rusa a Ucrania, una guerra que podrá transformarse en una guerra de carácter mundial. ¿Son exageradas estas afirmaciones? Grandes personalidades mundiales declaran el “riesgo real” de que este conflicto sea el desencadenante de una Tercera Guerra Mundial, que “el peligro es serio. No se puede subestimar”. “Lo peor está por venir”. Lo que presenciamos con esta guerra no puede ser sino el preanuncio de lo que aún podemos sufrir.

Concretamente, esta guerra continúa con la misma carga de violencia y atrocidad por más de dos meses. Personas confinadas, masacres, civiles y niños que mueren o resultan heridos y desplazados, mujeres violadas, los soldados enfrentan la violencia, el hambre, el miedo y se vuelven salvajes. Es lo que sucede en todas las guerras. El mundo está al borde de una catástrofe, y por qué no decir la temida palabra: una hecatombe nuclear.

¿Cuál es la solución? La respuesta está simplemente en la advertencia inicial de Nuestra Señora: “si los hombres no se convierten...”

Hacer penitencia para aplacar la mano amenazadora del Ángel por causa de los pecados de los hombres, clamando

para que se conviertan, a fin de evitar nuevos “diluvios” que se abatan sobre el mundo.

No nos convencemos de que el mundo tomó un rumbo equivocado y que nosotros precisamos cambiar, transformar nuestra conducta moral. La humanidad necesita volver para la verdadera Fe, o sea para la Iglesia, maestra y artífice de la paz. La concordia con base en tratados humanos ha fracasado y, en pleno 2022, los acontecimientos nos muestran que una paz divorciada de Dios es imposible. Pues querer la paz, sin abandonar el pecado es una locura. Todo lo que los hombres puedan hacer en pro de la paz sólo tendrá efecto duradero, si viene acompañado de una sincera conversión.

En las tinieblas de nuestro siglo todo parece estar perdido y la luz de la fe aparenta estar extinguiéndose. Miremos a la barca de Pedro, a la Santa Iglesia Católica, que será el farol que nos guía, la tabla de salvación para los males que nos afligen y la garantía de que llegaremos con seguridad al puerto de salvación, profetizado por la propia Virgen María en Fátima: el Reino de María.

En fin, todo se decide junto al trono de Dios. Quien ya puso sus reglas en Fátima: “si los hombres vuelven a Dios, Rusia se convertirá y tendrán paz”; si no, cualquier cosa es de temer. Lo mejor que se puede hacer, sin descuidar lo otro, es convertirnos a Dios y hacerle caso a la Virgen.

Tenemos que compenetrarnos que las profecías de Fátima poseen un profundo significado, constituyendo el último eslabón de una cadena que une el Cielo a la tierra, y que, el cumplimiento completo de estas profecías, marcará un antes y un después en las relaciones entre Dios y los hombres.

Invoquemos al Corazón Inmaculado de María, diciendo: protégenos Señora del hambre, de la guerra, especialmente

de la nuclear que puede traer destrucciones incalculables, de los desastres naturales, de las persecuciones por nuestra fe Católica y Apostólica, protégenos Señora. Bajo tu amparo nos acogemos, ¡oh, Santa Madre de Dios!

La Prensa Gráfica, 15 de mayo de 2022.

CONTRASTES ENTRE LA PAZ DEL MUNDO Y LA PAZ DE CRISTO

*No hay,
en el relacionamiento humano,
una palabra
tan confusamente comprendida
como la palabra paz.*

A todo momento, y en todo lugar, escuchamos esta palabra, apenas de tres letras, de gran significado, pero que los hombres, a lo largo de la historia, no han logrado conquistar. No hay en el relacionamiento humano una palabra tan confusamente comprendida como esta palabra: paz.

La interpretan de modo subjetivo, es decir, dejándose llevar por sus sentimientos, preferencias o pensamientos. En realidad, la paz es objetiva, atiende a los hechos y la lógica, no a sentimientos o sensaciones, tiene existencia real e independiente, designa una circunstancia real.

Hoy en día, es triste decir, no hay paz en las familias, no la hay en las escuelas, en los trabajos, en la sociedad en general, menos aún entre las naciones. La paz no existe. ¿Por qué?, se preguntarán, pues simplemente, porque Dios fue puesto de lado, cuando no suprimido,

del relacionamiento humano en las naciones. Primero ha ocurrido en el orden individual y se fue extendiendo, gradualmente, a la sociedad humana en general.

La paz es un tesoro que atrae con fuerza irresistible, que todos la desean, hasta los que hacen la guerra. La paz, en el decir de San Agustín, es la tranquilidad del orden, tranquillitas ordinis. Ese orden armonioso de sus partes que se siente, por ejemplo, cuando hay paz en el propio cuerpo. Esa concordia bien ordenada, esa distribución de los seres iguales y diversos, asignándole a cada uno su lugar (La Ciudad de Dios, XIX, 13, 1).

Algunos consideran que hay paz cuando no hay asaltos, secuestros, crímenes o guerra, podrá ser tranquilidad, pero no es paz. El elemento esencial de la paz es, más que la tranquilidad, el orden. Cuando hay tranquilidad sin orden, no es paz, apenas es una calma, como la hay en los pantanos o en los cementerios. Para que haya paz es preciso esa tranquilidad, ese sosiego, esa serenidad dentro del orden.

Dos momentos especiales nos relatan los Evangelios, entre tantos otros, en que la paz entra en escena: en el anuncio a los pastores de Belén, del nacimiento del Redentor, una legión del ejército celestial alababa a Dios diciendo: “Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad” (Lc 2, 14); así como en el primer encuentro de Nuestro Señor Jesucristo con sus apóstoles, el domingo de Resurrección, que les dijo, estas bellas y especiales palabras: “la paz sea con vosotros” (Lc 24, 36).

Pero, al mismo tiempo, encontramos en los Evangelios un contraste al respecto de la paz. Jesús, antes de la Ascensión a los cielos, hace una singular diferenciación. Les dice a sus

seguidores: “La paz os dejo, mi paz os doy”, haciendo a continuación una afirmación que desentona: “no os la doy yo como la da el mundo” (Jn 14, 27). Estableciendo que hay una paz verdadera, la de Cristo, y una paz falsa, la del mundo.

Aparecen en escena dos amores: uno es el amor a Dios que trae la verdadera paz; el otro es el amor a sí mismo, que es el amor al mundo, que no trae una verdadera paz, sino, por el contrario, una paz falsa.

Bien decía Monseñor Joao Scognamiglio Clá Días, fundador de los Heraldos del Evangelio, en una antigua homilía: “A partir del momento en que el mundo abrió las puertas para la idea de que Dios no existe, de que yo soy enteramente señor de mi consciencia y que hago lo que quiero, el impulso que viene del fondo del alma, es en el sentido de romper con la ley de Dios, del primero al décimo Mandamiento, con lo que, las puertas al robo, a la mentira, a la calumnia, al crimen, a violar el sexto y el noveno Mandamiento, quedan abiertas para todo”.

Fue preocupación de todos los Pontífices hacer comprender el camino a la paz verdadera. Lo decía San Juan Pablo II afirmando que: “El restablecimiento de la paz sería también de corta duración y totalmente ilusoria si no se diera un auténtico cambio del corazón”, “la guerra nace verdaderamente en el corazón del hombre que peca”, “¿No explica esto quizá que el corazón del hombre vaya a la deriva sin llegar a hacer la paz con sus semejantes sobre la base de la verdad, con genuina rectitud y benevolencia?” (1-1-1984). Por su lado, el Papa Benedicto XVI aseveraba, muchos años después: “Germen de oscuridad y de negación de la paz es el pecado en todas sus formas” (1-1-2013).

De las causas de las discordias que afligían al mundo moderno simplemente respondía San Juan Pablo II: “La causa más profunda de todos los desacuerdos en el mundo es el abandono de Dios por parte de los hombres. Quien no vive en paz con Dios difícilmente puede vivir en paz con el prójimo” (2-5-1987).

Comenzando el 13 de mayo de 1917, en Fátima, Portugal, en una secuencia de mensajes que duraron hasta el 13 de octubre, la Virgen advertía que el mundo, ya en aquel tiempo, estaba dando las espaldas a Dios; alertando sobre las terribles consecuencias.

A 105 años de esos acontecimientos, estamos ante el apareamiento del terrible fantasma de una hecatombe nuclear mundial, como también de desastres económicos que lleven a una escasez de alimentos verdaderamente desastrosa. Vemos que el mundo - con sus ilusiones y fantasías - no trajo la “tranquilidad” prometida.

Compenetrémonos de que la paz debe ser definida, no en función de los hombres, sino en función de Dios. Concentremos nuestras oraciones pidiendo la paz de Cristo en el Reino de Cristo, para que todo llegue a tener un florecimiento hecho de tranquilidad y de orden, que ocurrirá, cuando naciones enteras practiquen la Ley de Dios. Ahí tendremos la verdadera paz en toda la faz de la tierra.

Recordemos que la Santísima Virgen, siendo Madre, espera de nosotros “un auténtico cambio del corazón”, una enmienda, un pedido de perdón, un pedido de ayuda. Que ponga su mirada sobre nuestras familias y nuestras naciones. Que abra los ojos de todos para comprender la

gravedad de la situación del mundo en los días de hoy. Que nos ampare en estos momentos terribles que vienen por delante.

La paz se hace cuando el hombre se vuelve para Dios y reza diciendo: “hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo”. Será la paz verdadera y cantaremos con el Salmo: “Oh Dios, que te alaben todos los pueblos, que todos los pueblos te alaben” (Salmo 66, 4).

La Prensa Gráfica, 5 de junio de 2022.

**¿QUÉ ESTÁ PASANDO
EN EL MUNDO?
¿CUÁL ES EL MOTIVO
DE LO QUE OCURRE?
¿CUÁLES SERÁN LAS
CONSECUENCIAS?**

*“Vuestra divina ley es transgredida,
vuestro Evangelio abandonado,
torrentes de iniquidad inundan toda
la tierra, la impiedad está sobre el
trono, vuestro santuario es profanado y
la abominación está hasta en el lugar
santo”.*

Si hacemos un recorrido de lo acontecido en el mundo en los últimos meses, quedará conmovido nuestro modo de pensar y de vivir. No habría espacio en un artículo para dar a conocer tantas informaciones. Lo haré resumidamente, con algunos hechos que ocurren en estos momentos en todo el universo.

Una pandemia que dejó 6,3 millones de muertos, enfermos crónicos y sus efectos psicológicos.

Una guerra -que podrá desembocar en Tercera Guerra Mundial-, consecuencia de la invasión rusa a Ucrania. Noticias, fotos y vídeos terribles nos llegan a todo instante. Mariúpol, ciudad convertida en un gran cementerio y reducida a escombros, con miles de personas asesinadas u obligadas a huir. “Una tierra arrasada”, señala el arzobispo primado de la Iglesia Greco-Católica Ucraniana, Su Beatitud Sviatoslav Shevchuk: “Ucrania está ardiendo. Ucrania está en llamas”.

El hambre. Una crisis alimenticia podrá ser consecuencia de la guerra en Ucrania, considerada granero del mundo, quinto país exportador de trigo, entre otros. En Alemania, el Ministerio de Interior recomienda hacer acopio de agua y alimentos para diez días ante una posible crisis de suministros, “porque la situación es realmente grave”. La ONU teme “un huracán de hambrunas”, sobre todo en países de África.

Las catástrofes naturales o cambios climáticos llaman la atención en su apareamiento, variedad e intensidad. En España, mayo ha sido el más caluroso desde 1961. En sentido contrario, en Chile el mayor frío de los últimos 50 años. Australia con la mayor nevada en los últimos 54 años. En Japón inundaciones implicaron la evacuación de más de 300 mil personas. En Brasil provocan 120 muertos y 100 mil desalojados. México y otras naciones del Caribe, abatidas por el huracán Agatha, el más fuerte en siete décadas. Se aproxima una “ola de calor peligrosa y letal” al suroeste de EE.UU., advierte el Servicio Meteorológico Nacional.

La crisis en las familias. En la preocupante degradación de los valores fundamentales, la familia -que constituye uno de los bienes más preciosos de la humanidad en el decir de Juan Pablo II -, sufre una acometida como ninguna otra institución. Oscurecida, entre otras cosas, “por la

poligamia, la epidemia del divorcio, el llamado amor libre y otras deformaciones” (Gaudium et spes, 47).

Aumento del índice de suicidios en la post pandemia. Más de la mitad de los jóvenes españoles reconocen problemas de salud mental y muchos tienen ideas suicidas, según la Fundación Mutua Madrileña y Fundación FAD Juventud. Si fuera sólo España..., desde principios de año, en los EUA, según la organización Gun Violence Archive, más de 10,000 murieron por suicidio.

No se respeta la vida de los inocentes por nacer ni de los ancianos o enfermos. La defensa de la vida parece ser cosa del pasado. El “discurso” de los derechos humanos se niega a reconocer la dignidad de la vida en todas sus etapas, desde su inicio hasta su fin, llegando a considerar con más derechos a los sanos o fuertes que a los débiles con discapacidades o ancianos, considerándolos una carga para la sociedad.

Las masacres ocurridas últimamente en el país más rico del mundo. Desde principios de año, Estados Unidos ha sufrido 237 tiroteos masivos, según Gun Violence Archive. “Hay más asesinatos en masa que días en el año”, dijo el senador demócrata de Connecticut Chris Murphy. El número de víctimas de la violencia armada es aterrador. Hay 43 millones de armas en manos de cualquiera. La más reciente creencia -en aumento - entre los ciudadanos es que necesitan armas para su seguridad personal.

Tanta frecuencia de crueldad, deja perplejos. El último incidente, tan noticiado, del joven de 18 años que cometió la masacre en Uvalde, pequeña localidad cercana a la frontera de México, asesinando 19 niños y dos maestras, ha dejado paralizado al mundo. Se comienza a entrar en

un “mata-mata” incontrolable. El asesino, conocido como especialmente violento, de conducta agresiva, pero más especialmente con las mujeres, procedía de una familia desintegrada. No sintió ni la sana disciplina ni la convivencia social, ciertamente le faltó la afectividad familiar.

Muchos factores habrán influenciado a que tome tan sanguinaria actitud. Difícil es trazar un perfil de los asesinos que realizan tiroteos masivos. Este individuo, por ejemplo, sin antecedentes criminales ni relación con la escuela, niños o maestros que atacó, realiza una sanguinaria matanza.

Sí es bueno resaltar que la cantidad de material violento que está a mano de la juventud, en películas o videojuegos, acaban estimulando crueles reacciones. La violencia está siendo el modo frecuente de enfrentar complejidades que se consideran sin solución.

Persecuciones a la Iglesia. Apenas una breve y trágica noticia, recientemente ocurrida y poco noticiada: más de 38 católicos fueron asesinados en un ataque perpetrado durante la celebración de una misa, en Owo, Nigeria. Disparando indiscriminadamente y haciendo estallar una bomba. Ya le llaman: “La masacre de Pentecostés”.

La disminución de católicos en América Latina. En 1970 había un 92 % de católicos. En 1995 el 80 %, ya en el 2018 descendió a un 59 %.

La crisis interna en la Santa Iglesia, en donde se proponen ideas de tipo moral o social contrarias a las enseñanzas que siempre ha tenido el Magisterio de la Iglesia. La alegría, la paz, la bondad, la mansedumbre, la pureza desaparecen paso a paso dando lugar a la envidia, la discordia, la ira, la impureza, la tristeza. Todo eso nos deja

espantados, atemorizados, sin palabras. Nos hace elevar los pensamientos y clamar, como lo hacía San Luis María Grignon de Montfort, en su profética “Oración Abrasada”, de la que me atrevo a transcribir apenas unos párrafos. Encontraremos aquí el motivo de todo lo que ocurre:

“Es tiempo de actuar, Señor, han quebrantado tu ley” (Sl 119, 126), “Vuestra divina ley es transgredida, vuestro Evangelio es abandonado, los torrentes de iniquidad inundan toda la tierra y arrastran hasta vuestros siervos, toda la tierra está desolada, la impiedad está sobre el trono, vuestro santuario es profanado y la abominación está hasta en el lugar santo”. A seguir preguntaba: “¿Dejaréis todo así al abandono? ¿Os callaréis siempre? ¿Soportaréis siempre? ¿No hace falta que vuestra voluntad se haga sobre la tierra como en el cielo y que venga vuestro reino? ¿No habéis mostrado anticipadamente a algunos de vuestros amigos una futura renovación de vuestra Iglesia? Amén, ven Señor Jesús” (Ap 22, 20).

Se condolía el santo de ver a Dios “todos los días tan cruel y tan impunemente ofendido”. Por eso implora, al final de su oración: “¡Señor, levantaos! ¿Por qué parecéis dormir? (Sl 44, 24). Levantaos en vuestra omnipotencia, vuestra misericordia y vuestra justicia, para guardar vuestra casa, para defender vuestra gloria y salvar nuestras almas, para que no haya más que un rebaño y un pastor, y que todos os rindan gloria en vuestro templo. Amén”.

¿Cuáles podrán ser las consecuencias?: pues, las estamos viendo y viviendo: “Guerra, hambre, persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre, varias naciones serán aniquiladas”, nos dice el Mensaje de Fátima.

La Prensa Gráfica, 19 de junio de 2022.



DOMINGO: EL DÍA DEL SEÑOR, “EL SEÑOR DE LOS DÍAS”

*El domingo
es un día que constituye
el centro mismo
de la vida cristiana,
por lo que:
es un día irrenunciable!*

Nuestro Señor Jesucristo escogió precisamente el día domingo para aparecer Resucitado por primera vez a los Apóstoles y nuevamente, ocho días después, para presentarse ante ellos, por segunda vez en el Cenáculo. Domingo, viene de “Dominus”, es decir, Señor. Un autor del siglo IV, el Pseudo Eusebio de Alejandría, afirmaba que “el día del Señor” es: “el señor de los días”.

A lo largo de la historia de la Cristiandad, no han faltado épocas - y situaciones dentro de ellas - en que, por un lado, disminuyó la fidelidad al cumplimiento de este deber de todo cristiano al precepto dominical. Hubo también situaciones de peligro por la prohibición de la libertad religiosa, especialmente en los primeros siglos de la Iglesia. Tiempos como durante la persecución del emperador

Diocleciano (304) en que, con gran valentía, los cristianos desafiaron el edicto imperial, aceptando hasta la muerte con tal de no faltar a las misas dominicales.

San Juan Pablo II hacía memoria de los heroicos testigos de la fe del Siglo XX”, mártires, con frecuencia desconocidos, de la gran causa de Dios. “Muchos - afirmaba en la homilía de Conmemoración de los Testigos de la Fe (7-5-2000) - rechazaron someterse al culto de los ídolos del siglo XX, y fueron sacrificados por el comunismo, el nazismo, la idolatría del Estado o de la raza”. Y ocurren, en nuestros días, en países de África y otros continentes.

Estas fueron, y son, persecuciones violentas y descaradas, pero hay otra que es una “persecución solapada”, un ambiente no declaradamente hostil que los persigue: la indiferencia, la tentación de opciones cómodas que van robando el espacio de este día santo a todo y cualquier cristiano. Ha penetrado ampliamente la mentalidad del “fin de semana”, o sea, tiempo de reposo, de paseos, actividades culturales, políticas o deportivas, transformando el Domingo, el Día del Señor, en mero descanso o diversión.

Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte. Nuevas circunstancias han modificado la “fisonomía del domingo”, como decía Juan Pablo II, que, en el documento “Dies Domine” (6), consideraba necesario, más que nunca, recuperar las motivaciones y bases del precepto eclesial, para que “los fieles vean muy claro el valor irrenunciable del domingo en la vida cristiana”, pues “es un día que constituye el centro mismo de la vida cristiana”, por lo que: “¡es un día irrenunciable!”

Paso a paso iba mostrando las diversas dimensiones del

domingo para los cristianos. Que es “dies Dómini”, al verlo con referencia a la obra de la creación; que es “dies Christi”, como día del Señor Resucitado; que es “dies Ecclesiae”, como el día en que la comunidad cristiana se congrega para la celebración; “dies hominis”, como día de alegría, descanso y caridad fraterna.

No impide, el fiel cumplimiento del día del Señor, que cada uno de los seguidores de Cristo, en otros momentos de ese día, después o antes de participar de la misa dominical, en sus relaciones sociales o de diversión, en esa especial circunstancia de encuentro de padres e hijos, de escucha recíproca, de “estar juntos, mirarse y quererse bien”, como afirmaba, sobre el convivio familiar, la virtuosa dama brasileña doña Lucilia Corrêa de Oliveira. Un compartir que da lugar a un momento formativo y de recogimiento.

Vivimos momentos difíciles para la práctica del precepto dominical. Se exige, no ya enfrentar la muerte, sino, el heroísmo de vivir en coherencia la propia fe, no dejándose atropellar por el ambiente que nos rodea. Pues, el alejamiento de la celebración litúrgica nos lleva irremisiblemente al alejamiento de Dios, nos vamos transformando en católicos no practicantes, poco a poco nos invade una apatía religiosa que puede llevarnos, al ateísmo.

Me viene a la memoria el momento de la aparición de la Virgen en La Sallette en el año 1846 a Mélanie Mathieu y Maximino Giraud, describían los videntes a la “bella dama” con el rostro cubierto por sus manos y llorando desconsoladamente. ¿Y por qué lloraba la Virgen? Una de las razones, les dijo: “por el descuido del día del Señor”, preocupada por “los bancos vacíos en la misa de domingo”, por la actitud irreverente de los presentes, también porque

otros elegían el trabajo u otras actividades en lugar de rendir culto al Señor en su día.

Dentro de este panorama expuesto, no podemos dejar de considerar los cambios que trajo para nuestras vidas, sea en lo familiar, de trabajo, de estudio, cuando no en lo económico, la pandemia. Atropelló nuestros momentos presenciales en misas, confesiones, adoración al Santísimo Sacramento, oración en cualquier templo. No pudimos estar presencialmente en ningún tipo de celebración litúrgica, repercutiendo destacadamente en las Misas dominicales.

Ha sido una prueba toda especial, permitida por la Providencia. Fuimos “encerrados” en nuestros hogares, teniendo sólo la opción - inteligentemente ofrecida - de asistir a misas u otros eventos religiosos, de forma virtual.

Hemos tenido la gracia de tener como paliativo, en la “clausura” a que nos sometió la cuarentena, las misas y rosarios “online”. Los Heraldos con su canal ([youtube.com/c/HeraldosdelEvangelioElSalvador](https://www.youtube.com/c/HeraldosdelEvangelioElSalvador)), que recién comenzaba a dar sus primeros pasos, al que se unen hoy los 343 mil suscriptores, fue de especial apoyo a todos los fieles. Son innumerables los comentarios de aquellos que se sintieron acompañados y sostenidos en esos difíciles momentos.

Ahora en las actuales circunstancias en que los efectos de la pandemia se van disipando, en que las fuertes restricciones de asistencia presencial, distancia social, uso de la mascarilla, etc., están siendo liberadas, se hace preciso volver en persona a la celebración de la Santa Misa. Las misas “online”, han sido de una utilidad toda especial para la perseverancia y aumento del fervor de

muchísimos. Pero, tratándose de la Santa Misa, nada hay en comparación con la asistencia presencial.

Precisamos pasar de la virtualidad a la presencialidad. Sentir un convivio cercano con el altar, poder confesarse, comulgar, ya no por una comunión espiritual, sino recibir el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Acerquémonos a sentir la emoción en una Santa Eucaristía que, celebrada con toda belleza y solemnidad, retomando con firmeza y resolución este camino. Que la Santísima Virgen, como bondadosa Madre, nos ayude rumbo a una unión cada vez mayor con Jesús, nuestro Señor.

La Prensa Gráfica, 24 de julio de 2022.

SEA VIRTUAL, SEMIPRESENCIAL O PRESENCIAL, ESTAMOS EN UNA CRISIS EDUCACIONAL

*El 60 % de los niños de sexto grado,
no alcanzaban,
entre 2013 y 2019,
las competencias básicas de
matemáticas, literatura y ciencias,
en América Latina.
Cuatro de cada cinco niños
de sexto grado de la región,
no podrán comprender
un texto simple (2022).*

Ansiedades, inquietudes, irritabilidades, no conseguir concentrarse, son las dificultades de los estudiantes: niños, preadolescentes y adolescentes, resultado de tantas medidas tomadas sobre el sistema educacional, en su modalidad remota, en el período de la pandemia.

Algunos psicólogos, viendo la saturación producida por la enseñanza “online”, la calificaron de “zoomfobia”, fruto de la saturación frente a la exclusividad de este procedimiento. En razón de la exposición extrema ante los compañeros de clase quedaron desmotivados, vivieron frente a una pantalla, cada uno en cuadritos dentro de la misma, situación que no era humana; quedaron, más que cansados, hartos.

Los niños principalmente, por ser más necesitados, padecieron además la falta de correr y jugar, descargando energías al aire libre, y de estar junto a sus compañeritos. Las clases “virtuales” confinaron todo eso. Se perdió el contacto social, la comunicación verbal humana con sus gestos. Conjuntamente quedó en manos del hogar - que no tiene condición alguna para acompañar la enseñanza - una misión preferentemente de las entidades educativas.

Hoy, alejándonos de la pandemia, las personas sensatas, viendo las desastrosas consecuencias, consideran indispensable -diría insustituible- la asistencia presencial a clases, sean de escuela, colegio o universidades.

Ya existía deficiencia en el aprendizaje antes de la pandemia. Un Estudio Regional Comparativo y Explicativo de la UNESCO del 2019, enfocado en los logros, en 16 países de América Latina y el Caribe, no encontró avances significativos de sus estudiantes entre 2013 y el 2019. Informaba que el 40 % de los estudiantes de tercer grado de primaria y el 60 % de sexto, no alcanzaban las competencias básicas de matemáticas, literatura y ciencias.

En la mitad de la pandemia, para ir cronológicamente, encontramos que a la prueba de admisión a la Universidad de El Salvador realizada en noviembre del 2021, se

presentaron 24,273 estudiantes, quedando seleccionados 1,098, menos de 5 %, según informara Raúl Azcúnaga, su vicerrector.

Adentrándonos en este 2022, encontramos un fenómeno que nos deja más preocupados rumbo al porvenir: en el período de la pandemia se ha perdido más de un año y medio de enseñanza. Un reporte del Banco Mundial junto con Unicef y la Unesco titulado singularmente como “Dos años después: salvando una generación”, considera que cuatro de cada cinco niños y niñas de sexto grado de la región, no podrán comprender un texto simple: “Una crisis educativa sin precedentes que podría comprometer el desarrollo futuro de nuestros países”, son palabras del vicepresidente del Banco Mundial, Carlos Felipe Jaramillo.

Al regresar al sistema presencial, cansados de lo virtual gritaron: “¡Qué alegría, volvimos a la escuela!” Con el correr de los días se fueron presentando las dificultades, comienzan a percibir que no están a la altura de lo que empieza a serles exigido en el nivel educativo siguiente, se sienten incapaces.

De los problemas de lectura y de comprensión de sus educandos, (www.laprensagrafica.com/opinion/Los-ninos-leen-y...-no-entienden-lo-que-leen-20200118-0599.html), ahora enfrentan los maestros la grave situación de que los chicos: ;no saben leer!, ;no saben redactar!

Ante terrible escenario surge un desafío: ¿Qué hacer?, ¿cuál es la mejor forma de enseñar?, ¿cómo aprenderán mejor?

Las generaciones actuales más aptas para las nuevas tecnologías son “nativos digitales”, si bien que, observemos, la tecnología en sí no produce progresos

educativos automáticamente, los aparatos podrán ser “inteligentes”, pero no transmiten inteligencia.

Por otro lado, la lectura en libros, que ayudaba a la imaginación, a ser más creativos, ampliar el lenguaje y el conocimiento, mejorando la comprensión, pasaron al olvido.

Es así que presenciamos el enfrentamiento de las estructuras “tradicionales” de enseñanza -en que los niños, por ejemplo, son educados en una amplitud de habilidades que no se aplican a las complejidades del mundo real -, con las corrientes de enseñanza “virtual” exclusiva, de la cual estamos viendo las consecuencias. Contemplamos el conflicto en la crisis educacional, que está ocurriendo en todo el mundo.

Lógicamente los niños necesitan saber leer, escribir y hacer cuentas. Sin embargo, la idea de enfocarse sólo en eso, en detrimento de todo lo demás, está bien documentado, en la ciencia, como problemática. Se ha impulsado un sistema educativo con tendencia a sobrevalorar el raciocinio menoscabando la observación de la realidad palpable. El que lee, acaba sabiendo muchas cosas, quien observa mucho la realidad que lo rodea, acaba sabiendo más, afirmaba el famoso novelista francés Alexandre Dumas.

Por lo tanto, se tendrá que pensar en un modelo pedagógico -ayudado de la herramienta de la tecnología-, que ponga sus pies sobre la realidad de la vida. Enseñanza teórica, en estado puro y seco, sin ejemplos concretos, ni descripciones de ambientes o episodios históricos, ha sido una de las causales de la crisis. La realidad, lo que se percibe a través de los sentidos, no está presente en los métodos educativos, sea el “virtual”, sea el “tradicional”.

Hay una controversia entre los métodos con relación al desarrollo de la inteligencia. Lo “virtual”, que cautiva y es difícil resistirle, acostumbra a una “realidad” que no existe en la vida ordinaria. Las encuestas, a través de los años, nos muestran cómo los niños, y también los adolescentes, por el elevado número de horas que pasan mirando una pantalla o el celular, acaban teniendo una escasez de contacto con el escenario que les rodean. Ya no es sólo que no interactúan con sus padres, hermanos o compañeritos de escuela, sino también con el mundo real de su entorno.

Educar es un casi sacar de la nada facultades adormecidas, dar vida a una existencia aletargada. Es cultivar, como un jardinero, facultades físicas e intelectuales. El hombre es un animal racional, compuesto de cuerpo y espíritu, tendiente a prestar atención a las cosas sensibles que lo rodean, que consigue abarcar con los cinco sentidos. La inteligencia y la voluntad son, en el hombre, las alas que lo hacen sobrevolar sobre el mundo irracional como soberano. Su inteligencia tiene la gran capacidad de abrirse a los objetos que la rodean, sea un simple animalito, una bella planta con sus flores o un panorama de colores en las nubes. De cara a estas realidades nacen las preguntas, se produce una apertura de la inteligencia ante la realidad ambiental. Es el motivo de los “porqués” de los niños en la búsqueda del conocer, de comprender lo que sus sentidos están viendo y sintiendo.

Muchos afirman, con propiedad, que la naturaleza es la primera escuela para aprender las leyes del mundo que nos rodea. Por eso, no hay como negarlo, el aprendizaje mejor será en lo concreto del mundo real, porque la naturaleza humana está hecha para que entendamos ese ámbito y, el quedar sorprendidos con algunas cosas, lleva al deseo de conocimiento. Como decía Santo Tomás de Aquino, el

más santo entre los sabios y el más sabio entre los santos: “El asombro (quedar sorprendidos) es el deseo para el conocimiento”; pero esto podrá ser tema de otro artículo.

La Prensa Gráfica de El Salvador, 14 de agosto de 2022.



EL PADRE PÍO: EL SANTO CAPUCHINO DE LOS ESTIGMAS

*Era la gracia carismática
de la estigmatización
que Dios le concedía
en beneficio de los demás.
Atrayendo hacia sí,
miles y miles de devotos
que se acercaban
a verlo, pedir consejo,
confesarse
o para obtener un milagro.*

De niño, Francisco Forgione, “rezaba de rodillas y bien compuesto”. Ya a sus cinco años tenía éxtasis y apariciones, que los ocultó hasta sus 28 años de edad pues consideraba, acontecía de forma ordinaria, con todas las almas. “Había sentido, desde la más tierna edad, fuertemente la vocación al estado religioso”, atraído a ser como los “frailes de barba”, sentíase invitado a “combatir como valiente guerrero”, “contra el placer de este mundo”, que intentaba sofocar la divina llamada.

Fue un 6 de enero de 1903, a sus 16 años, que el joven Francisco llegó a las puertas del convento en Morcone, distante a 30 kilómetros de su ciudad natal, Pietrelcina. Recibe el hábito capuchino, su nombre será otro, hoy famoso en todo el mundo: Fray Pío. Rezaba fervorosamente pidiendo: “Jesús me conceda que el fervor me dure siempre, hasta que haga de mí un perfecto capuchino”. En sus primeros tiempos se distinguía por su modestia, mortificación y gran piedad. Su director espiritual decía que Jesús lo favorecía con celestes visiones en los comienzos de su noviciado.

Cuatro años después de ser ordenado sacerdote, en 1914, llega al silencioso convento, alejado del pueblo, de San Giovanni Rotondo. Poco a poco los fieles fueron descubriendo al fraile recientemente llegado. Por su lado, el joven capuchino progresa en su itinerario hacia Dios y, entre los fenómenos más notorios y llenos de trascendencia ocurridos en el año 1918, tiene sus manos, pies y costado traspasados y sangrando. Fueron las llamadas “heridas o llagas de amor”. Era la gracia carismática de la estigmatización que Dios le concedía en beneficio de los demás, marcando el principio de un largo caminar, durante cincuenta años, atrayendo miles y miles de devotos que se acercaban a verlo, a asistir a sus misas, a pedir consejo, principalmente a confesarse o que les sea intermediario para obtener un milagro.

Fue en la mañana de un 20 de septiembre de 1918, durante la acción de gracias, después de la celebración de la santa Misa, estando en el coro frente al Crucifijo, nota que: “de repente, una gran luz me deslumbró y se me apareció Cristo que sangraba por todas partes. Su visión fue aterradora. Me sentí morir. Cuando volví en mí, me encontré en el suelo, llagado. Las manos, los pies y el costado estaban traspasados y manaban sangre, y me dolían tanto, que

no tenía fuerzas para levantarme. Arrastrándome avancé hacia la celda. Volví a mí mismo y, al mirar las llagas, lloré, elevando himnos de gratitud y oraciones. Imaginad -decía- la congoja que experimenté entonces y que sigo experimentando casi todos los días”.

Nunca el Padre Pío había buscado las vías extraordinarias. Ante lo ocurrido invocaba a Dios le retire los estigmas, verdaderas “señales del Señor”. No pedía le quite el dolor sino, “estas señales externas, que me causan una aflicción indescriptible e insoportable”.

El padre De Ripabottoni, su antiguo biógrafo, relata que: “La Divina Providencia no cumplió este ardiente deseo de su predilecto: no retiró de su cuerpo las señales, porque él tenía que servir de señal para los hijos de los hombres que caminan a tientas entre tinieblas, clavado en la cruz juntamente con el Señor crucificado”.

Esto dio lugar a que, el llamado “convento de la desolación”, fuese sintiendo la llegada de torrentes de almas. La fama de santidad del Padre Pío comenzaba a traspasar los límites de la comarca, principalmente en la intención de poder confesarse con el “capuchino de los estigmas”. Empleaba su tiempo, en el decir del santo, en “desatar a los hermanos de las cadenas de satanás”.

El obispo de Melfi y Rapolla expresaba el deseo de que el Señor lo conserve por largo tiempo: “para bien de las almas y confusión de los impíos”. Dios le había concedido -a este gran santo- el don de aliviar, fortalecer, esclarecer y orientar a los que se aproximaban a él.

Comenzaron las opiniones de los médicos que examinaron sus llagas. Fue el Doctor Luigi Romanelli, director del

Hospital de Barletta, el primero que concluyó -después de examinarlo cinco veces a lo largo de quince meses y hacer un tratamiento para que desaparezcan-, que las heridas eran de carácter sobrenatural. Poco después, enviado por el superior de su congregación, el Doctor Amico Bignami, del Hospital Real de Roma, que era un hombre materialista; como las heridas no sanaban, concluía que era una necrosis de origen nervioso, sumada a una autosugestión. A este lo sucedió el Doctor Jorge Festa, cirujano de renombre y católico, que declaró: “el origen de las llagas del Padre Pío, nuestros conocimientos científicos están lejos de poder explicar. La razón de su existencia, está más allá de la ciencia humana”.

No podían faltar los detractores, y fue en 1920 que apareció el calificado como “filósofo de la persecución”, un famoso franciscano que había sido médico, especializado en neuropsicología, de cierta fama. Como no tenía autorización del Santo Oficio para examinarlo, tuvo sus planes frustrados. No habiendo visto los estigmas afirmó: “examinado diligentemente al Padre Pío y sus estigmas” - cosa que no fue cierta -, calificó el fenómeno de “una condición psicopática o efecto de una simulación”. Este sacerdote, llamado Agostino Gemelli, antes de morir, escribió una carta al padre Pío pidiéndole perdón por la terrible relación hecha delante del Papa sobre sus estigmas. Posteriormente el Vaticano envió tres visitantes oficiales, que emitieron pareceres favorables al santo.

El Papa de la época, Benedicto XV, que lo juzgaba “un hombre extraordinario”, fallece. Como no podía dejar de ocurrir, seis meses después, el Santo Oficio, movido por falsas acusaciones, emana disposiciones prohibiéndole mostrar o hablar de los estigmas, y, que no diera la bendición al pueblo. Condena basada en un veredicto que

no estaba justificado en un examen objetivo.

Nadie de los que se aproximaban a él o asistía a sus misas, impugnaba esta realidad certificada por médicos que lo había examinado con toda profundidad y tranquilidad. Más aún, las conversiones por su intermedio eran resonantes, las curaciones atribuidas a sus oraciones eran asombrosas. El importante diario romano “Il Tempo”, titulaba: “Los milagros del Padre Pío en San Giovanni Rotondo” (3-6-1919).

Queriendo imponer silencio sobre el Padre Pío, hacia 1922, se inició el doloroso período de persecución al “capuchino de los estigmas”, que, como efecto contrario, atraía cada vez más la atención, despertaba curiosidad y más fieles llegaban al desolado lugar.

Estos fueron lo que podríamos considerar los inicios de las luchas del santo capuchino, cuyos estigmas, durante cincuenta años, fueron una demostración indiscutible y sobrenatural a la vista de todos. Dolores, incomprendimientos, persecuciones, por un lado. Por otro, conversiones, milagros, predicciones del futuro, clarividencia en conocer la intimidad de los corazones. Nada en él fue para su autoglorificación. Al contrario, un testimonio de oración, sufrimiento, ejemplo, caridad, invitación a la conversión, amor a la Orden de la que era hijo y a la Santa Iglesia. Fue el Santo Padre Pío de Pietrelcina, cuya fiesta se conmemora los 23 de septiembre.

La Prensa Gráfica, 18 de septiembre de 2022.

HEMOS DEJADO...

Estamos juntos, pero solos.

Cada uno, sumergido en su pantalla.

Hemos dejado de mirar a nuestros más cercanos. Vivimos horas y horas frente a las pantallas. La información digital, presente todos los días, las 24 horas, no admite descanso. Hay una presión psicológica para estar chequeando constantemente los mensajes, un miedo de estar incomunicado. Silenciosamente las redes se infiltran en nuestros cuerpos.

Hemos dejado de estar juntos. Pasando más de cuatro horas diarias interactuando en las redes, los momentos de diálogo, de relacionamiento, son cada vez menores a lo largo del día.

Hemos dejado de querernos bien. Encuestas han demostrado que las notificaciones, fotos, vídeos y demás contenidos están empeorando la relación de pareja. Juntos, celular en mano, pero ... distanciados. Ni que hablar de la relación con los hijos o entre hermanos.

Hemos dejado de decir la verdad. “Todo el mundo miente”, dice el best seller de un científico que trabajó en datos de Google. Relaciona internet y los datos masivos. Afirma contundentemente que todos mienten, a todo tiempo, a todos y hasta a uno mismo. Y lo vemos: en los perfiles, con noticias falsas, reimprimen caras en otros cuerpos o le hacen decir cosas que nunca dijeron.

Hemos perdido la capacidad de auxiliar a los otros.

La Cruz Roja holandesa lanzó singular campaña: “No filmes, ayuda”, ante la singular actitud de, asistiendo a un accidente, en vez de usar el celular para pedir auxilio, fotografían o filman, para ponerlo en las redes. Vemos insensibilidad e irreflexión.

Hemos dejado de escribir. Escribir a mano una carta, texto o breve saludo, son un ayer. La respuesta o redacción inteligente de Google, sugiere frases cortas, risueñas, con signos de exclamación, preestablecidos para correos electrónicos, como si el aparatito adivine lo que voy a escribir. Fotos y emoticones, van sustituyendo, automáticamente, cualquier escrito; un clic y sale una cómoda y poco esforzada respuesta.

Hemos dejado de expresar lo que pensamos. Con el vocabulario reducido a meras interjecciones se ha empobrecido el lenguaje. Tiempos y modos verbales, puntuaciones, comas y mayúsculas, ya no se utilizan cuando corresponde. Hay incapacidad en describir situaciones por escrito. Reduciendo las palabras, indispensables para construir un raciocinio, desaparece el lenguaje, se esfuma el pensamiento.

Hemos dejado de recogernos a dormir en paz. Los celulares son perjudiciales para el sueño en muchos sentidos. Además de los efectos de la luz de las pantallas, hay contenidos psicológicamente estimulantes para quedar despiertos. Le llaman “vamping” (mensajes como vampiro): trasnochar conectado restando horas de sueño y causando insomnio. Con celular cerca será tentado en el descanso nocturno.

Hemos dejado de rezar al levantarnos. A poco de abrir nuestros ojos somos secuestrados a verificar las notificaciones acumuladas durante la noche. El rezar, agradecer la vida, pedir protección del Cielo para el nuevo día... va cayendo en el olvido.

Hemos dejado de vivir el momento, detenernos ante el impacto de lo bello. El asombro ante lo bello que podamos enfrentar queda truncado con la inmediata captación de una foto. Antiguamente, maravillados frente a una catedral, bello edificio u obra de arte, noche estrellada o impactante atardecer, quedábamos quietos y pensativos.

Hemos dejado el trato suave. Muchos autores de masacres actuaron incentivados por la exposición a contenidos online violentos. Videojuegos, entre ellos, son causantes de comportamientos agresivos en que se ve involucrada la juventud.

Hemos dejado de estar junto a nuestros niños pequeños. El bebé no pide “chupete electrónico”, la comodidad es que se lo entrega para calmarlo o entretenerlo quitándole la relación humana. Los psicólogos desaconsejan exponer a los niños de menos de dos años a las pantallas. El humano actúa por miradas y palabras, si no miramos a los niños, ni les hablamos, ni los escuchamos, no los humanizamos.

Hemos dejado en manos de la tecnología la pureza de nuestros niños. Encuestas informan que más del 40% de los niños menores de 13 años utilizan plataformas en las redes a pesar de las limitaciones de edad impuestas, quedando frente a cosas inapropiadas. Quedan expuestos a publicidades engañosas, violencia, pornografía y otros horrores que inundan las redes.

Hemos dejado de compartir en las comidas de familia o amistades. Esos momentos de convivio, afecto, civilidad, que nos diferencian de los animales que comen desesperada y egoístamente. La mesa familiar, atropellada en tiempos idos por el televisor, hoy lo es pantallas en mano. El abandono de la “mesa familiar” es una pérdida del convivio social en su relación más cercana.

Hemos dejado de alimentarnos ordenadamente. Ya no tenemos horarios, ni lugar estable. Estancados frente a las pantallas, muchas veces acabamos comiendo, desordenadamente, alimentos no recomendados.

Hemos dejado de hacer ejercicios o deporte. Tiempos idos son los que un niño escuchaba el grito de su madre para que vuelva a casa y deje de jugar en la calle. Hoy, triste es, tienen que gritarle o forzarlo a salir al jardín o parque, arrancándolo de la “hipnosis” de la pantalla que lo está reteniendo.

Hemos dejado nuestras tareas, por estar horas en las redes o videojuegos. La Organización Mundial de la Salud considera la adicción a los videojuegos como un trastorno de salud mental. Problema cotidiano en miles de hogares, agravado en adolescentes que le dedican gran cantidad de tiempo dejando de lado sus responsabilidades, provocando un bajo rendimiento escolar.

Hemos dejado de leer para ver películas. No es un fenómeno nuevo, pero sí, se consolida un cambio en el hábito cultural: el “streaming” - los contenidos en los medios electrónicos -, va quitando los momentos de lectura. ¿Será que las pantallas derrotarán a los libros?

Hemos dejado de prestar atención hasta cuando caminamos en las calles. Cada vez más especialistas, en seguridad vial y planificadores urbanos, están pensando en la seguridad de los propios peatones como terceros. Choques con postes, caídas, peleas con terceros, mal cruce de calles, consecuencias de ir caminando como “zombies”, cabeza baja sobre el celular.

Hemos dejado de lado el aburrimiento y la frustración. Aspecto bastante profundo y polémico. Muchos podrán no comprender, pero el aburrimiento y la frustración son terreno fértil para que surja el pensamiento creativo como elemento de construcción por excelencia.

Hemos dejado el espejo por la pantalla. Las redes sociales se han convertido en un oasis para los narcisistas, proyectan una imagen en la que se muestran mejor, más bellos o cultos. Selfies para que los admiren. El “ego” en el centro: al lado del carro, comiendo, paseando, un culto a su propia imagen. Antes tenían el espejo, ahora tienen las redes.

¿Qué deberíamos hacer ante tantos **“hemos dejado”**? ¿dejar de usar redes sociales? No se trata de eso. Saber usarlas con moderación y cuidado, so pena de dejar lo “real” y ser consumidos por lo “virtual”. Con los niños y adolescentes - sin dejar de considerar los beneficios de la tecnología -, establecer momentos sin pantalla, pero ser modelos en cuanto a su uso. En general, presentar rutinas agradables en el ambiente familiar que permitan desconectarse, todos, de sus propias pantallas y vincularse mutuamente.

Huir de ese “estar juntos, pero solos”, cada uno sumergido en su pantalla, para: “Estar juntos, mirarse y quererse bien”, como decía la virtuosa dama brasileña, Doña Lucilia Corrêa de Oliveira.

La Prensa Gráfica, 23 de octubre de 2022.



LA MEDALLA MILAGROSA

*“Haz que se acuñe una medalla
según este modelo.*

*Todos cuantos la lleven al cuello
recibirán grandes gracias.*

*Las gracias serán más abundantes
para los que la lleven con confianza”.*

En Fain-les-Moutiers, pequeña aldea de la Borgoña francesa de doscientos habitantes, un 2 de junio de 1806, nace la novena hija de Madeleine Louise Gontard y Pierre Labouré. La bautizan al día siguiente con el nombre de Catalina. Quedando huérfana a sus 9 años de edad, ante terrible sufrimiento, abrazándose a los pies de una imagen de la Santísima Virgen le dice: “De ahora en adelante, vos seréis mi madre”. A sus 23 años entra como religiosa en la Hijas de la Caridad, orden fundada por San Vicente de Paúl. En su noviciado, ubicado en la Rue du Bac 140, de París, tuvo la gracia especial de ver todos los días al Señor en el Santísimo Sacramento.

Un 18 de julio de 1830, a las once y media de la noche, siente pronunciar su nombre: “¡Sor Labouré, Sor Labouré!”. “Despierto y veo a un niño vestido de blanco, de 4 o 5 años, que me dice: Levántate pronto y ven a la capilla. ¡La Santísima Virgen te espera!”

Vestida, Sor Catalina camina con el niño; por donde

pasaban, los candelabros estaban encendidos. Llegando a la capilla el niño toca la puerta con la punta del dedo y se abrió al instante. Al entrar: “vi encendidas todas las velas y los cirios”. El niño la llevó junto al lugar destinado al padre director. A seguir llegó una señora que fue a sentarse en una silla que estaba sobre las gradas del altar mayor. Entonces el niño me dijo: “Ella es la Santísima Virgen”. Levanté los ojos hasta su rostro, sin dudarlo, “di un salto, me puse a su lado y me arrodillé con las manos apoyadas en sus rodillas. Allí pasé los momentos más dulces de mi vida”. Fue la primera aparición.

La Virgen dijo: “Hija mía, el buen Dios quiere confiarte una misión. Deberás sufrir mucho, pero todo lo soportarás pensando que lo haces para gloria de Dios. No te faltarán contradicciones, pero te asistirá la gracia. No temas. Di todo con confianza y simplicidad”.

Así fue comunicada la misión, preparándola con buenos consejos y anunciándole futuros eventos -que en parte ocurrieron en ese período- para afianzar la fe de aquellos que pudieran dudar de la aparición.

Una tarde, del 27 de noviembre de ese 1830, ocurre la segunda aparición. Estaba Catalina en profundo recogimiento junto a sus hermanas en la Capilla, cuando se le apareció nuevamente la Santísima Virgen. “Venía vestida de blanco, su cabeza cubierta con un velo que caía hasta los pies, que posaban sobre un globo blanco y aplastaban una serpiente. Sus manos, elevadas a la altura del corazón, sostenían una esfera de oro coronada por una pequeña cruz. Sus ojos miraban al Cielo, su rostro era tan bello que yo no sabría describirlo. De pronto sus dedos se llenaron de anillos adornados con piedras preciosas que brillaban y derramaban su luz en todas direcciones, circundándola de tal claridad que era imposible verla. De las piedras preciosas salían los rayos, que se alargaban hacia abajo”.

La Virgen dijo a su corazón: “Este globo que ves representa al mundo entero, especialmente a Francia y a cada alma en particular. Estos rayos simbolizan las gracias que yo derramo sobre los que las piden. Las perlas que no emiten rayos son las gracias de las almas que no piden”.

En aquel momento, se formó un cuadro alrededor de la Santísima Virgen un poco oval y en el borde interior escrita, en letras de oro, la siguiente invocación: “Oh María, sin pecado concebida, rogado por nosotros que recurrimos a Vos”.

Entonces escuché: “Haz que se acuñe una medalla según este modelo. Todos cuantos la lleven al cuello recibirán grandes gracias. Las gracias serán más abundantes para los que la lleven con confianza”.

“Inmediatamente el cuadro dio vuelta y vi el reverso. En ella aparecía la letra ‘M’, sobre la cual había una cruz descansando sobre una barra, y debajo los Corazones de Jesús y María. El primero coronado de espinas, el otro traspasado por una espada. En torno de ellas había doce estrellas”.

Sor Catalina le contó a su confesor, pero, el padre Aladel, consideraba que “todo eso no es más que pura imaginación”, dando por terminado el tema.

Ocurre entonces una tercera aparición, en diciembre del mismo año. La vidente multiplica sus instancias junto a su confesor, diciéndole que Nuestra Señora, quiere que se acuñe la medalla. Acaba siendo reprendida.

Pasados casi dos años, el padre Aladel, en su perplejidad, por prudencia ante este tipo de acontecimientos, si bien que impresionado con la realización de las previsiones, como por la insistencia de Sor Catalina, finalmente se rinde y habla con el arzobispo de París, quien autoriza la confección de la medalla; considerando que todo en ella

está de acuerdo con la fe de la Iglesia y la piedad de los fieles, pidiendo ser el primero en recibirla.

Se encargan 20,000; llegan las primeras 1,500 a manos de las Hijas de la Caridad en medio de una terrible epidemia de cólera en 1832; sin más que hacer con los enfermos comienzan a distribuirlas. Tales fueron los milagros operados que la medalla, llamada originalmente de: “La Inmaculada Concepción”, pasó a ser popularmente llamada: “La Medalla Milagrosa”. Cruzó su fama las fronteras difundiéndose en el orbe católico, en cuatro años, ¡más de diez millones de medallas solo en Francia!

Nadie supo que el pedido de la Virgen fuera a través de Sor Catalina hasta después de su muerte, solo lo sabía su confesor. Nunca supieron de las apariciones sus hermanas religiosas.

Era el comienzo - en el decir del Papa Pío XII - de la “era de María”, inicio de una etapa de visitaciones celestiales en Francia en Rue du Bac (1830) y Lourdes (1858). Ocurriendo en medio la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre de 1854, preparada por una y confirmada magníficamente por otra.

Fueron los lamentos de María Santísima, ante la apostasía de la humanidad, invitando a que los hombres abran sus corazones a las gracias que Ella tenía para dar. Se formaba una ojiva espiritual entre Rue du Bac y Lourdes, cuya piedra angular era: la Inmaculada Concepción. Sobre la Medalla hace escribir: “¡Oh María sin pecado concebida!”, en Lourdes dirá: “Soy la Inmaculada Concepción”.

El día 31 de diciembre de 1876, Sor Catalina recibe los últimos sacramentos entregando su alma a Dios. A los 56 años de muerte, abierto el féretro, su cuerpo estaba incorrupto, trasladado entonces a la Capilla de la Rue du Bac. Fue canonizada el 27 de Julio de 1947, por el Papa Pío

XII.

Es conocido que la mayoría de las personas que mueren usando la Medalla Milagrosa, aunque sean ateas o apartadas de Dios, acaban entregándose a Nuestro Señor y se arrepienten a la última hora. Verdadero escudo que la Virgen ha dado en la lucha contra todas las tentaciones; particularmente eficiente en la lucha, que tanto debemos conducir en los días de hoy, contra el poder de las tinieblas.

La Prensa Gráfica, 27 de noviembre de 2022.



LA GRUTA DE BELÉN: “VINO A LOS SUYOS, PERO LOS SUYOS NO LE RECIBIERON”

*¡Feliz pesebre que tuviste el honor
de recibir en ti al Señor del Cielo!*

*¡Benditas pajas, que servisteis de cama
a quien descansa en alas de Serafines!*

*Un Dios que quiere
comenzar su infancia en un establo,
¡confunde nuestro orgullo!*

Belén de Efratá, tan pequeña y despreciable “entre los clanes de Judá, de ti me saldrá quien me señorará en Israel”, según profetizara Miqueas (5, 1), se convirtió en la sede de la magnanimidad de Dios.

“El nombre de la ciudad natal del Santo Patriarca San José suena hoy con encanto a nuestros oídos - comenta Monseñor João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio -, porque allí tuvo lugar una de las escenas más hermosas de la Historia, en que la candidez de la inocencia se alió a la grandeza fulgurante del rayo: el nacimiento del Verbo Encarnado” (¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres, Tomo II, p. 284).

San José que, ejerciendo el trabajo de carpintero en

Nazaret, no dejaba de ser príncipe de la estirpe de David, fue obligado, en razón del decreto del emperador César Augusto, a empadronarse a su ciudad de origen, Belén. Emprendiendo el itinerario, lo hizo acompañado de su virginal Esposa la Santísima Virgen María, montada en un burrito, en tiempo de espera. A su lado caminaba, como era común en aquellos tiempos, el glorioso, sublime y castísimo Patriarca. Apenas llevaban pan, frutas y algunos peces, su acostumbrada alimentación.

El viaje implicaba un largo recorrido de unos cinco días que a raíz del censo era muy transitado. Ninguno los consideraba, eran mirados como pobres y humildes peregrinos. Por ser tiempo de invierno, en el descanso de las noches se retiraban a los abrigos del ganado, pues, esa aglomeración de caminantes era un incómodo para el recato y la modestia de la Virgen Madre y su Esposo.

Mientras avanzaban, tanto San José como la Santísima Virgen, no dejaban de elevar oraciones al Padre Eterno para encontrar un lugar apropiado para el nacimiento del Divino Redentor.

Llegaron a Belén en la proximidad de la noche. Golpean las puertas en búsqueda de posada en casas de conocidos y parientes próximos, ninguno los recibió. Algunos hasta los despidieron groseramente y con desprecio.

Después de sufrir los rechazos, se hizo noche. El fidelísimo José, lleno de amargura y extremo dolor, le dice a María Santísima que no puede acomodarla como ella merecía y su afecto deseaba. Recordando que, fuera de los muros de la ciudad, existía una bendecida gruta, albergue de pastores y su ganado, de los tiempos de niñez y juventud, le propone ir hasta allí. Era un lugar tan despreciable que nadie se dirigió a procurarlo y abrigarse en él.

Encontrándose frente a ella, “la vista de su interior los llenó de pena: humedad, abandono y desorden. Su único adorno era un pesebre con algo de paja allí puesta para alimentar a los animales. San José se puso a iluminar el lugar, a limpiarlo y organizarlo. Nuestra Señora se quedó fuera, sentada en una piedra, absorta en serias y sublimes meditaciones”. (Tomo II, p. 293).

Sería “aquel refugio que se iba a convertir en el primer palacio del Rey de reyes y Señor de los señores”. Un burro y un buey calentaban la agreste, inhóspita y aislada gruta. Un pesebre como cuna, unas pajas como colchón, la Gruta de Belén nos da una lección de humildad y de pobreza.

“El glorioso Patriarca se acercó a su Esposa. Al verla toda inmersa en Dios sintió un gran temor. Arrodillándose ante Ella le dijo: Señora mía, la gruta está preparada. Cuando quieras, puedes entrar” (Tomo II, p. 293).

San José se retiró a un lado para rezar. “Muchos Ángeles se hicieron ver y oír con cánticos de exultación. ¡Eran las primeras músicas navideñas!” (Tomo II, p. 294). Se aproximaba el feliz nacimiento. Era medianoche. Fue así que, “de forma milagrosa salió el Niño del vientre purísimo de su Madre, sin herir en nada su virginidad; al contrario, ¡Ella fue confirmada y ennoblecida aún más! María ‘dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre’ (Lc 2, 7). San José, transido de admiración y de temor de Dios, fue testigo de su triple virginidad: ¡antes, durante y después del parto!” (Tomo II, p. 295).

Así nació el Sol de Justicia, el Hijo del Eterno Padre, atravesando el virginal claustro, como los rayos del sol, que sin quebrar los vitrales penetran y los dejan más luminosos.

“¡Bendita la noche y benditas las estrellas que presenciaron tan augusto acontecimiento, escondido a los ojos de los soberbios, pero manifestado a los pequeños”! (Tomo II, p. 302).

Especial comentario hace Monseñor João S. Clá Días sobre “la elección de una gruta pobre, consecuencia del rechazo de los habitantes de Belén, sonaba al Corazón purísimo de María como una inmensa bendición, leve y luminosa, propia de su inocencia primaveral a la manera de un revolar de alas de Ángeles”, “la sublime atmósfera de la sagrada gruta, incomparablemente superior al ambiente de las casas en las cuales les había sido negada la hospitalidad” (Tomo II, p. 305), y del palacio de Herodes, lleno de las fastuosidades paganas de esos tiempos: lujo y opulencia, que a pocos kilómetros quedaba.

El Rey de los reyes, prefirió nacer en una gruta. San Alfonso María de Ligorio comenta la afortunada gruta con bellas expresiones: “¡Feliz pesebre que tuviste el honor de recibir en ti al Señor del Cielo! ¡Benditas pajas, que servisteis de cama a quien descansa en alas de Serafines! Un Dios que quiere comenzar su infancia en un establo, ¡confunde nuestro orgullo!”.

Es el misterio de la Navidad, fiesta de todas las alegrías. “El Niño Jesús había nacido, frágil y tierno, bajo el maternal y solícito cuidado de María, pero la sombra de la Cruz ya estaba presente. Él venía a salvar a los hombres, y estos lo rechazaban. La Navidad significó para la Virgen el comienzo de la lucha de Jesucristo y el inicio de su calvario en esta tierra de exilio, cuyo desenlace sería la inmensa, extraordinaria e irreversible victoria de la Resurrección” (Tomo II, p. 307).

Volvamos nuestras miradas a Aquel que: “Vino para los suyos, pero los suyos no le recibieron” (Jn 1, 11), y por la

intercesión de María y José agradezcamos los incontables beneficios recibidos a lo largo de este año, implorando la gracia de la santidad, para que, libres del pecado, caminemos rumbo a una eternidad feliz.

La Prensa Gráfica, 18 de diciembre de 2022.

